

suavidad que no podía venir mas que de las eternas moradas!

El dichoso sacerdote volvía y revolvía aquel velo entre sus manos, inmóvil, arrebatado, olvidándolo todo y no se cansaba de contemplar esta obra divina. Entre tanto, el momento se aproximaba. "Padre mio, le dijo la virgen, llevadlo á la iglesia, pues debemos obedecer á la Santísima Virgen." Mas Liduvina, es muy temprano, se apresuró á decir el sacerdote, que no se podía resolver á concluir: la iglesia está aun cerrada, y la imagen á una altura inaccesible en la oscuridad.—Id siempre, padre mio, continuó la santa, encontrareis al portero de la iglesia en la calle, y una escala bastante alta á la izquierda de la imagen, apresuraos pues. "El sacerdote partió, encontró al portero y la escala en el lugar indicado, y pudo así depositar el precioso velo en la cabeza de la venerable imagen. Después se arrodilló. . . . mas apenas comenzaba á orar cuando se acercó un ángel. . . . El sacerdote levantó la cabeza. . . . y el velo había desaparecido!

Así se le prodigaban á la dichosa crucificada todas las alegrías del éxtasis. En Jerusalén, en el Calvario y en el cielo, por todas partes encontraba á su amado Jesús. Y algunas veces no era necesario que su celestial guía la llevase fuera de su pobre aposento. Allí mismo en su casa, y bajo su miserable techo, los ángeles, los apóstoles, los santos, y el Rey de los reyes con su acompañamiento de escogidos, venían á visitarla! Entonces, á los rayos de esta divina presencia, el humilde aposento se iluminaba con tan brillante esplendor, que los parientes y vecinos, como ya una vez lo hemos visto, acudían llenos de terror creyendo que se trataba de un incendio. Entonces era imposible mirar á la santa, pues su rostro estaba deslum-

brante de luz celestial! ¡Cómo, decíanle algunas veces cuando todo estaba concluido, cómo podeis soportar una luz tan viva, vos que no podeis con los ojos enfermos ni aun sostener un instante la simple claridad del dia? Es cierto, respondía Liduvina, es un hecho que puede parecer extraño; mas hay luz, y luz; la una con la cual vé uno las cosas de aquí abajo, la otra con la cual contempla á Dios, y esta difiere tanto de aquella, como el dia difiere de la noche. Qué importan la fortaleza ó la debilidad de los órganos! Aun á los ojos mas enfermos nada es tan bueno y tan dulce como la luz de Dios!"

Nosotros también vamos pasando, ó por el Calvario, ó por el cielo, por el dolor, ó por el gozo: más qué perfumes y qué méritos traemos de allá? Es que muchas veces no buscamos á Jesús, sino sólo nuestra propia voluntad!

CAPITULO XIX.

EL TABOR, Ó ÉXTASIS Y ARROBAMIENTOS.
(CONTINUACIÓN.)

Devoción de Liduvina á las almas del Purgatorio.—Desciende con su ángel á esos lugares de expiación.—Una alma del Purgatorio reclama una moneda de oro.—Libertades que consigue la virgen.—Vé aqui el infierno, quieres mirarle?—Un ángel desolado.—Los granos de mostaza ó advertencia á un sacerdote.—La vasija llena de carbones ardientes ó cuánto el alma de la santa se eleva sobre los sentidos.

CONTINUEMOS la prodigiosa historia de los arrobamientos de nuestra santa. Entre todas las estaciones

que hacía acompañada de su ángel, hay una que no podemos olvidar, y de la que queremos hacer mención, como las que hacía al Calvario ó al cielo, porque veremos en ella una de sus mas amadas devociones, devoción que así como su amor apasionado de la cruz y de la Eucaristía, como su piedad para con la Santísima Virgen, ó como su caridad, era uno de los caracteres dominantes de su vida. Queremos hablar de sus viajes extáticos al Purgatorio.

No hay necesidad de decir que Liduvina, ya que amaba tan ardientemente á los pobres, á los enfermos y á todos los que padecen, qué amor no tendría para con las almas del Purgatorio, á esas pobres almas cautivas, encadenadas con tantos dolores á la vez que coronadas de santidad y devoradas por aquel suplicio inaudito que nuestra virgen comprendía tan bien de la privación de Dios! Sobre todo, amaba á Dios con un celo y unos ímpetus tan inflamados, que hubiera querido extender su reino, y dar mil veces su vida, no sólo por hacerle bendecir por todas las inteligencias, sino aun por conquistarle aunque fuese un sólo pecador: ¿cómo no habría tenido un celo de fuego, para libertar y darle al cielo, es decir, á Dios, unas almas ya santas, y por consiguiente tan dignas de su Majestad y tan capaces de glorificarle?

Muchas veces repetía las amorosas palabras de San Bernardo: "Yo descenderé al lugar de las expiaciones para compadecerme de esas pobres almas á quienes hiere la justicia, puesto que ya esperan la gloria!" Y en efecto, descendía orando sin cesar y haciendo orar á otros, multiplicando sus buenas obras y descendiendo muchas veces en sus éxtasis al Purgatorio.

Por ella misma se ha sabido que cuando su ángel venía á llevarla al Calvario, ó á las regiones del cielo,

casi siempre la hacía pasar también por las sombrías regiones del Purgatorio.

Allá se detenía ante esas almas infortunadas, acabando de pagar con el sufrimiento la deuda que tenían para con la eterna justicia. Mirábalas bajo una forma sensible, y contemplaba con tristeza y horror los diversos tormentos que padecían; oía sus gemidos y escuchaba sus quejas lastimeras. Con la inmensa compasión de que estaba lleno su corazón, les hablaba como se le habla á un hermano querido, recostado en un lecho de tormentos, decíales que ella se interesaría en el mundo por su desgraciada suerte y con todos los medios que pudiese, con el mayor número de almas que fuese posible, les prometía sus oraciones mas fervorosas y sus obras mas meritorias, les aseguraba en los términos mas vivos y mas tiernos, que para su alivio haría ofrecer el divino Sacrificio, y que en cuanto Dios se lo permitiese, multiplicaría sus limosnas á nombre de ellas.

Liduvina pasaba así por en medio de esas almas afligidas como una esperanza y un consuelo, y dijo algunas veces que esas almas viéndola pasar escuchando sus palabras, y recogiendo sus promesas, exclamaban con transporte como en un principio de dicha: "Bendito sea el Señor que alumbró el día de hoy con un nuevo rayo de esperanza nuestros sombríos calabozos! Por siempre sea alabado nuestro Dios tan bueno, que nos envía y nos muestra un momento, para consolarnos, una alma que vive aun bajo el reino de la misericordia, una alma que puede aun emplear con provecho la sangre del Salvador y merecer para ella y para nosotras!"

Aquí tiene lugar una tierna particularidad: esas tristes almas, hacían muchas veces á la virgen que las

visitaba, alguna espantosa comunicación, encargándole con una misión maravillosa que llenar en la tierra, por su bien ó por el de los que amaban. . . . comunicaciones y misiones que llenaban de espanto á las personas á las que era enviada la santa, y que rodeaban de una luz tan brillante como la del astro del día, la realidad de sus divinos arrobamientos. Demos de ello un ejemplo.

Una alma se le apareció rodeada de fuego, arrojando gemidos lamentables. "Liduvina, le dijo, cuando volvais á la tierra, oh! por amor de Jesucristo y por compasión de mis dolores, os conjuro que hagais venir cerca de vuestro lecho una mujer á quien habeis tratado otras veces con solicitud maternal, esta viuda á quien aconsejásteis que continuase su comercio para evitar la ociosidad, decidme si os dignareis llamarla? Sí, respondió la virgen; con mucho gusto; pero y qué le he de decir? Pues bien, Liduvina, decidle que ella posee una moneda de oro que no le pertenece, sino á mí! A nombre de su salvación que compromete, y de las penas que yo padezco en este lugar de expiación, á donde he bajado hace algunos días; decidle que reclamo ese oro que injustamente me sustrajo, que lo quiero y tengo necesidad de él para emplearlo en mi libertad: que exijo que me lo restituya lo mas pronto posible, haciendo celebrar misas por mí. Sí, decidle todo esto, á fin de que escape de los rigores vengadores de la justicia de Dios, y que yo vaya pronto á embriagarme en las delicias de su eterna bondad."

Cuando cesó el arrobamiento, nuestra santa llamó á la viuda de que se trataba. Hermana mia, le dijo, tengo que hablaros de intereses excesivamente graves para vos y para otra persona.—Hablad Liduvina, ya sabeis con cuanto respeto os escucho.—Y yo quiero,

continuó la virgen, ir derechamente al asunto. Decidme ¿conocéis tal persona que murió poco ha?—Sí, Liduvina.—Pues bien! después de su muerte la he visto, y me ha encargado os diga que teneis injustamente en vuestro poder una pieza de oro que le pertenece, que exige la restitución en misas que hareis celebrar por el alivio de su alma.

Estas palabras fueron como un rayo; la pobre mujer vaciló, horrorosamente pálida y temblando sus miembros quedó un momento en silencio. "Ay! es muy cierto, dijo con acento de tristeza inexplicable, y yo muero de vergüenza! Oh Liduvina, vos sois una santa y conocéis lo que nadie podía saber! Sí, es cierto que soy culpable! Yo á quien el cielo había bendecido hasta aquí con tan grandes beneficios, he pecado en la prueba del mal año que atravesamos! Yo engañé á ese hombre como si él me hubiese engañado á mí, reteniendo sin saberlo él, la desgraciada pieza de oro que hablais, como compensación de las pérdidas que ha habido en las mercancías de que él me había provisto y de que él no era responsable. Oh! os lo juro, no expondré mas mi alma por una miserable ganancia, me acordaré de los sabios consejos que me habeis dado, y daré parte de todos mis bienes á los pobres, á los enfermos y á las almas del Purgatorio." Y la viuda cumplió su palabra.

Mas volvamos á la mansión de expiación. Nuestra dulce extática no se contentaba con pasar, como acabamos de verlo con la compasión, las lágrimas y las promesas, sino que muchas veces cumplía allí en el mismo instante, como víctima que se inmola, alguna obra heroica de abnegación.

Su ángel, al mostrarle aquellos calabozos llenos de llamas, de tormentos y de gritos de dolor, le indicaba

casi siempre alguna de las almas mas desoladas y le decía. "Liduvina, quieres aliviar esta alma desgraciada?—Ah! con toda mi voluntad! decía la virgen con trasporte. Pues bien! hermana mia, continuaba el guía celestial, prepárate á padecer." Y en el mismo instante, á la indicación del ángel, padecía algún dolor misterioso en su cuerpo ó en su alma; que siempre era una cosa muy terrible, porque á su vuelta del éxtasis los que rodeaban su lecho notaban muchas veces horrosas señales de aquel padecimiento.

Una vez, al principio de sus arrobamientos, encontrándose en esas tristes regiones, oyó una voz como hasta entonces no la había oído, y preguntando á su ángel quien era esta alma, le dijo: "Es la de un hombre que te es muy conocido, y que vivió muchos años en los fangos de la lujuria, y habiéndose convertido seriamente, sorprendióle la muerte al acabar de absolverlo, sin darle tiempo de expiar sus crímenes. Es tal alma."—Oh cielo! exclamó Liduvina, espantada, es él? Mas hace doce años que murió, y todo ese tiempo he orado tanto por él! y todavía está en ese lugar!—Sí, Liduvina, mas tú podrías librarle, si lo quieres.—"Ah! qué decís, mi dulce ángel, amado hermano mio! Sí, sí, yo lo quiero! decidme lo que debo sufrir." Entonces la santa padeció, y á medida que aumentaban sus padecimientos veía que los verdugos huían con cólera y que poco á poco se iba calmando la violencia de las llamas. Muy pronto se hicieron tan dulces para su víctima, que sólo parecían casi acariciarla: la santa veía á ésta bañarse en ellas y lavarse por última vez como se baña la paloma en un fresco y limpio arroyo, y después, adornada de una blancura que eclipsaba el esplendor de la nieve, radiante y sonriendo á la virgen, el alma purificada subía á los cielos!

Otra vez tuvo una visión aun mas conmovedora. Siguiendo á su ángel por aquellas sombrías moradas, le preguntó si tal pecador á quien había tenido la dicha de atraer á Dios y que hacía algunos meses había muerto, se encontraba aún en las llamas expiatorias. "Sí, le dijo el ángel, y está padeciendo incomparables tormentos; de modo que unos sufrimientos aceptados por él, serían una excelente obra de misericordia."—Entonces hermano mio, se apresuró á decir Liduvina, entonces hablad, mandad, padeceré todo lo que quisieréis, todo lo que me permita la voluntad de Dios y mi salud!—Pues bien, hermana mia, seguidme. Y el ángel la condujo por lugares mas y mas horrorosos, y bien pronto helada de terror exclamó: "En dónde estoy? Es acaso aquí el infierno?"—Nó, respondió el ángel, aunque ya no está lejos. En efecto, la santa vió una prisión inmensa, horrible, con negras murallas que se levantaban á una altura horrorosa, y á medida que avanzaban se oía un ruido espantoso de cadenas é instrumentos de tortura, mezclados con blasfemias y gritos de rabia. "Este es el infierno, le dijo el ángel, ¿deseas tú verle?"—Nó, nó, dijo la santa, que temblaba de horror, ya he visto demasiado: huyamos de aquí."

Apenas habían dado algunos pasos, cuando llegó cerca de un abismo en cuyo borde estaba sentado un ángel que parecía llorar; tenía el rostro cubierto con las manos, y había en toda su actitud una expresión de dolor indecible! "Hermano mio, preguntó la virgen inclinándose hácia su guía, ¿quién es este ángel tan desolado?"—Este es el ángel guardian de aquel cuya salvación te interesa, porque el pecador que buscas se encuentra allá dentro de ese abismo, á las puertas del infierno, y padece allí un purgatorio especial. Escucha! No conoces esa voz? En efecto, tristísi-

mos gemidos salían del fondo de aquel tenebroso calabozo." Ay! Dios mio! dijo Liduvina, esa es su voz, él es! Y en el mismo instante, á una orden del ángel el alma apareció sobre el abismo, cubierta de fuego. La virgen la veía y la oía. "Oh cuanto padezco! decía, Liduvina! cuando me será concedido contemplar en el cielo el adorable rostro de mi Dios y Señor!" Liduvina al ver esta alma ardiendo en tales llamas, quedó tan espantada, que su éxtasis cesó repentinamente.

No obstante, poco tiempo después fué consolada por un ángel que se le apareció, y era el mismo que había visto tan triste sentado al borde del abismo. Ahora venía lleno de gozo! "Hermana mia, le dijo, vengo á nombre de aquel cuya salvación era tan amada á tu corazón. Tú has orado y padecido mucho por él, regocíjate, pues ya gusta al presente los gozos del cielo!"

Sin duda se comprende lo que debían producir en el corazón de nuestra virgen esos maravillosos arrobamientos á la mansión de las almas que padecen, pues no volvía jamás de peregrinaciones tan dolorosas sin traer un aumento de santos terrores, de inmensa compasión y de celo inflamado. Entonces lloraba y decía: "Qué terribles son los juicios de Dios! qué horrorosas son esas prisiones del purgatorio. Dios mio! añadía, tomad mi sangre y mi vida, dadme el gozo de morir por evitar á esas almas infortunadas los castigos de vuestra justicia!" Y sobre todo, la santa trabajaba por esas almas; oraba de día y de noche, y desde el fondo de su agonía rogaba sin cesar, pedía oraciones por todas partes, hacía ofrecer muchas veces el adorable Sacrificio del altar; ofrecía limosnas y buenas obras que más que nunca multiplicaba, y ofrecía especialmente por aquel fin sus espantosas enfermedades. "Sí, decía

muchas veces con voz llena de ternura, sí, trabajemos, pongamos todo por obra, removamos la tierra y el cielo, para socorrer á los hermanos muy amados que padecen en el purgatorio como nadie aquí abajo puede padecer; esos cautivos tan desgraciados de la divina justicia, esos tristes desterrados á quienes faltan el sol y las alegrías de la verdadera patria, esos huéspedes á quienes devora la más amarga desolación, porque no ven aun á su padre, porque llevan en su corazón el suplicio de la separación, que él sólo reasume todos los suplicios! Volémos, corrámos á su auxilio! Ellos nos llaman dándonos los nombres más dulces, nos esperan, solicitan nuestra limosna y nuestra oración, para abreviar sus dolores; un dia, una sola hora de espera, es para ellos un siglo, apresurémonos! Estos son nuestros hermanos por la sangre y por la fé, ¿por ventura no vuela uno al socorro de cualquier hombre que se halla en angustia? Ellos gimen en una angustia tan lamentable, porque son impotentes para socorrerse á sí mismos, como el náufrago arrojado sólo sobre una árida roca en medio de las olas, ó como el prisionero que no puede ni anticipar la hora de su libertad, ni quebrantar las puertas de sus prisiones, ni derribar las murallas dentro de las cuales se sofoca! Oh infortunados! ellos vierten lágrimas de fuego, mas lágrimas estériles! porque entre todos los pobres, son los más desgraciados! Arrojemos en el fuego de sus dolores el benéfico rocío de la sangre de Jesucristo, y también el rocío de nuestras oraciones, de nuestras obras, y méritos, y de nuestros esfuerzos por la virtud! Apagando las llamas que los devoran y abriéndoles el cielo para darles un lugar en los banquetes eternos del Señor, nos haremos acreedores de todos esos reyes que nos deberán su trono, y además

seremos dichosos acreedores del mismo Dios que tanto los ama.»

Por lo demás, comprendiendo mejor que nadie la horrorosa justicia del Purgatorio, pues que recibía tan vivas luces acerca de ellos en sus arrobamientos, no obstante Liduvina no quería que se separase jamás del temor de la justicia la más grande confianza en la bondad divina. Un día que varias personas junto á su lecho hablaban precisamente de las penas de la otra vida: «Por mi parte, dijo un sacerdote que allí estaba, mostrando un vaso lleno de granos de mostaza que uno de los presentes tenía en las manos, yo no oculto que consentiría voluntariamente en pasar tantos años en el purgatorio, cuantos granos hay en ese vaso, pues á lo menos estaría allí seguro de mi salvación! Ay! qué és lo que decís, Padre mio! exclamó Liduvina con dolorosa emoción: ¿és posible que tengais tan poca confianza en la bondad de Dios, y que sereis tan desconfiado de vuestra salvación, para desear tan largo purgatorio? No me habéis más así, pues si supiéseis lo que es el abismo de la expiación, y cuán terribles tormentos se padecen allí!—Decid lo que quisiéreis, continuó el sacerdote, y aunque el purgatorio sea lo que sea, yo no desisto de lo que acabo de decir.» Algún tiempo después murió este sacerdote, y la santa lo vió en uno de sus éxtasis; y como un día hablasen de él, «Está bien, dijo la santa rompiendo esta vez el riguroso silencio que de ordinario guardaba acerca de esas cuestiones: esa alma está bien, gracias á su vida ejemplar y verdaderamente sacerdotal; pero estaría mejor aún, si hubiese pensado mejor del purgatorio, y sobre todo si hubiese puesto su confianza con más abandono en la bondad de Dios y en los méritos omnipotentes de los inefables padecimientos de Jesucristo. Sin

duda es prudencia el temer, porque el temor evita la presunción y nos preserva del pecado; pero hay todavía más sabiduría en esperar, porque la confianza glorifica admirablemente á Dios y eleva nuestra alma, glorificándola.»

Detengámonos aquí. Ya hemos explorado bastante á gloria de nuestra santa las maravillas, los éxtasis, siguiéndola en busca de su amado en el calvario, en el cielo, y en el purgatorio. No concluyamos, sin embargo, sin probar un hecho relativo á todas esas maravillas, hecho singularmente maravilloso. En esos arrobamientos casi continuos, la vida de los sentidos se veía en alguna manera suspendida, pues la santa se elevaba tan alto sobre ellos, que no sabía ni sentía nada de lo que pasaba en su carne mortal. Un día de invierno que el frío era excesivo y las personas que la asistían habían puesto sobre el borde de su lecho, para calentar sus miembros un trasto lleno de carbones y bien cerrado, retirándose en seguida para dejarla entrar en éxtasis, aquella vasija mal colocada llegó á caer, y el fuego rodó hasta debajo del cuerpo de la pobre crucificada. Júzguese lo que pasaría cuando volvieron las mujeres y sintieron el olor de carne quemada. Ay! qué desgracia, gritan con espanto, precipitándose hacia á la virgen, desgraciadas de nosotras! Y descubriendo el lecho, dieron un grito de horror. El ardor del fuego le había consumido las carnes, penetrando hasta los huesos y casi calcinando una costilla! La virgen al volver del éxtasis, estaba tranquila y radiante! «Ah! Liduvina, le decían las mujeres, qué mal tan horroroso os hemos hecho! Cómo no dais gritos lamentables? Respondió la santa; cierto es que siento ahora un violento dolor en un costado, mas cuándo y cómo me ha venido este dolor, no lo sé absolutamente;

ni he visto fuego ni sentido ardor ninguno.—Nosotras solas debemos acusarnos, Liduvina, pues por nuestra imprudencia, hemos pecado contra el cielo y contra vos, dejando sobre vuestro lecho esa funesta vasija casi abrasada!—Entonces hermanas mías, continuó la dichosa extática, consolaos, y que Dios sea alabado, pues que me elevaba de tal modo á sí y me embriagaba en tan arrobadoras delicias, que no he sentido el tormento que os hace llorar!

Como Liduvina, podemos marchar desde el seno de nuestras miserias al calvario, por la resignación, al purgatorio por la oración y por la limosna, y á las puertas del infierno por un saludable horror así como al cielo por una santa vida!

CAPITULO XX.

UNA NUBE.

Grandes pruebas.—Pérdida de un buen hermano.—El venerable Pedro muere.—Con ocasión de su muerte, persiguen los demonios á Liduvina.—Un cortejo fúnebre conducido por los santos del cielo.—Esta es tu sobrina!—Las dos agonías.—Desolaciones.—Dios se retira.—Los ángeles no vienen ya!

QUÁN gran camino ha recorrido hasta aquí nuestra virgen. Qué pasos de gigante! como dicen los Libros santos. Desde el día en que un santo sacerdote le en-

señó tan bien el amor del Dios crucificado, sobre todo, desde el momento bendito en que pudo á su satisfacción identificarse con su Dios en las arrobadoras alegrías de la comunión, ya la hemos visto correr por todos los senderos del heroísmo hasta la inmolación de sí misma, hasta el martirio! y siguiéndola desde el Calvario, nos ha sido preciso subir al Tabor, á las sublimes regiones del amor, puras regiones en las que Dios se muestra casi sin velo á sus amados, y en las que le concede, con el don de milagros, el de la profecía y el de los éxtasis! Mas ay! nada es perfecto aquí en la tierra! al presente, y al menos por un momento, tenemos que dejar esas regiones, y descender del Tabor en el cual como el apóstol frente á tantas maravillas, nos hallábamos tan bien!

Quién lo creyera? Nuestra santa vá á decaer por un momento. Sí, en la frente tan pura de nuestra Liduvina, veremos una nube que ofusca su resignación, su amor á Dios, y el del Señor para con ella. Y de qué rumbo podrá venir esa nube? Dios es quien vá á ocultarse á nuestra virgen, ó ella será quien vá á faltar á Dios? ¿Es una prueba la que hace el Señor, ó es una falta la que ella comete? Como quiera que sea, Dios se propone evidentemente instruirnos y consolarnos por el espectáculo que nos proporcione, las dificultades de sus escogidos. Su majestad quiere con ellos, ó curarnos de las presunciones que muchas veces nos ciegan, ó levantarnos de los funestos desalientos en que á veces caemos; pues las debilidades de los santos corresponden á todo eso.

Mas volvamos á la historia de nuestra virgen.—En la época á que hemos llegado, murió uno de sus hermanos, lo que fué un fuerte golpe para su sensibilidad, pues Liduvina amaba tiernamente á ese hermano, que

era muy amable, muy afectuoso y muy bueno con ella; y al verle cerca del anciano Pedro ó de nuestra pobre crucificada, habríase dicho que aquel tenía la ternura de una madre, de aquí es que Liduvina le lloró amargamente.

Mas Dios le preparaba otra prueba aun más sensible. Había llegado la hora en que el anciano Pedro iba á descender al sepulcro, y el Señor que había hecho tantos prodigios en favor de su hija, hizo uno también en favor de Pedro. La gloriosa virgen María se le apareció, prometiéndole al santo anciano que moriría el ocho de Diciembre, en el mismo dia en que la Iglesia celebra la fiesta de su Concepción inmaculada. Ese dia llegó por fin, y el venerable patriarca les dijo á sus hijos y á sus nietos que rodeaban su lecho: "hijos míos he aquí que voy á entrar en la vida en que entra después del pecado toda humana criatura; mas bien sé que paso á una vida mejor, por lo cual mi alma sobreabunda de alegría, me siento lleno de paz porque mi conciencia me dice que siempre he amado á Dios y á los hombres. Guardad, hijos míos, guardad siempre esos dos amores, pues ésta es la única herencia que puedo dejaros, y en verdad, que es la mejor. Y en aquella misma tarde murió el anciano. Liduvina no le vió, no le abrazó, ni aun oyó su último adios. Y era su padre tan bueno cuya ternura no se había desmentido un sólo instante, hacía más de cuarenta y cinco años; ese padre que cada dia, y aun muchas veces al dia venía á sentarse en su lecho, á ofrecerle sus servicios, ó á darle algún afectuoso consuelo! Cuando le anunciaron su muerte, Liduvina sintió que su corazón se despedazaba bajo el peso de una tristeza hasta entonces desconocida.

Esa tristeza fué tomando, por la voluntad de Dios,

un caracter lamentable, porque convenía que la pobre hija fuese martirizada hasta en las aspiraciones más delicadas y en sus más santos afectos; y el demonio era quien debía en ella como en el santo Job agravar la prueba, añadiendo á los dolores de su alma, á fin de mejor torturarla, la más cruel ansiedad acerca de la salvación de aquél que le era tan querido.

En efecto, un dia que lloraba la pérdida de su amado padre, tuvo una aparición. Esta vez, no era el cielo con sus esplendores el que se abría sobre su cabeza, ni la multitud brillante de los ángeles, los que acudían cerca de ella Liduvina veía los demonios una numerosa tropa de horribos demonios, y en medio de los cuales veía un hombre . . . oh dolor! este hombre, le había visto y conocido: era su padre! Era bien su cuerpo, y su semblante, y todos los rasgos de su padre! Qué horrible golpe para su corazón! Cómo sentía abismarse todo su ser ante un espectáculo tan espantoso é inesperado!

La santa veía á aquellos demonios insultar á cual más á aquel hombre, derribarle, arrastrándole por los cabellos, golpearle y hacer con él un juego horrible, y después volviéndose hacia ella le decían: "mira bien si este hombre es tu padre! nuestro es ahora y ya le tenemos en nuestras manos; Dios le ha condenado, y nuestros tormentos serán los suyos, pues será por siempre el compañero de nuestros males."

Entonces Liduvina se puso á llorar sin medida y con tan desgarradora desolación, que acudieron sus gentes cerca de ella, "qué tenéis? le preguntaron con terror."—Ah! es cosa espantosa, respondió, yo veo á los demonios que tienen á mi padre entre sus manos y me dicen que está condenado! No, no, no puede ser así, era tan bueno, tan piadoso, tan sinceramente cris-

tiano! es imposible: ¿no es verdad que no debo creerlo? No, no lo creo! Y con todo, cuando veo al hombre que tienen en su poder, tan parecido á mi padre, no sé ya á qué atenerme, y siento una inmensa tristeza que á pesar mio no puedo contener."

Esta triste aparición se renovó varias veces: la virgen volvió á ver á los demonios y al hombre, oyó de nuevo la víctima que gemía, los verdugos que repetían sus sarcasmos satánicos. "Está bien, le decían á la santa, fatígate tú por el cielo, en tanto que tu padre es ya nuestro, y nos pertenece por toda la eternidad!"

Mas Dios no quería que esta terrible prueba se prolongase, y pocos dias después envió un ángel á Liduvina que le dijera: "tranquilízate hermana mia, pues el espectáculo que te alarma, no es más que una impostura de Satanás; no es tu padre el que has visto, sino un demonio que habia tomado su forma para quebrantar tu fé y desalentar tu paciencia, haciéndote creer en su condenación; pero aquel á quien amas era digno de la eterna dicha y ya está gustando al presente, de los celestes gozos." Desde entonces todo temor se desvaneció, los demonios huyeron, y Liduvina, asegurada de la salvación de su padre volvió á encontrar la paz perdida. Mas hay! siempre continuó llorando. . . . la ansiedad habia desaparecido, pero la tristeza desolaba aun su corazón y le llenaba enteramente. Le quedaba á Liduvina aun otro lazo que era el último, y tal vez el más fuerte; Dios habia dispuesto que todo faltase á la pobre crucificada, y convenia que la prueba y el martirio le viniesen por todas partes.

Hacia algún tiempo que el venerable Pedro dormía en el sepulcro, cuando una noche nuestra virgen tuvo una visión: veía venir del cielo innumerable multitud

de santos que marchaban en orden formando en dos líneas según su rango gerárquico; era como una inmensa é imponente procesión; la cruz abría la marcha, y las luces alumbraban arrojando una claridad ante la cual hubiera palidecido el mismo sol. Venían primero los patriarcas, después los profetas, en seguida los apóstoles; cerca de ellos los mártires y al fin las vírgenes. Mil banderas de diversos colores, y muchas blancas oriflamas flotaban en filas. Liduvina miraba con transporte. "¿A dónde pues, se decía á sí misma, á dónde van así los gloriosos escogidos del cielo? y pareciale que venían á su morada; en efecto, llegan y se colocan delante de la puerta, los patriarcas, los profetas y los mártires. Al mismo tiempo; cosa extrañal veía un atahud en medio de su aposento. . . . y en él se encerraba un cadáver! . . . las vírgenes entraron y tomando tres coronas que estaban sobre el atahud, las dieron á Liduvina invitándola á seguirlas; luego levantaron con respeto el misterioso atahud, y el cortejo volvió á tomar su marcha fúnebre y triunfal. Liduvina los seguía, llevando las tres coronas. . . . Cuando cesó la visión, quedó el espíritu de la virgen en una extraña ansiedad. ¿Qué podría significar esa visión? Evidentemente era anuncio de una próxima muerte. Mas quién iba á morir? Por qué ésta advertencia? Por ella, ó por otro? Su ángel se le apareció. "Mi amada hermana, le dijo, nó, tu hora no ha llegado aún; no se trata de tí, sino de tu sobrina Petronila, ella es quien vá á morir, en tal dia y á tal hora." Un rayo no le hubiera sido mas terrible, y Liduvina quedó anonadada. Tal vez nunca habia echado de ver cuanto amaba á ésta niña, mas ciertamente la amaba con toda su alma, pues hasta cierto punto era su hija espiritual, habíala alimentado con la leche de su doctrina; cada dia y á

todas horas allí cerca de su lecho, había sentido una dicha maternal al verla desarrollarse en la inocencia y en la piedad. Y además, esta niña se había dado toda á la santa, no apartándose nunca de su cabecera, uniéndose á sus dolores, y velando sobre sus necesidades, había también participado de su martirio cuando los soldados se hicieron sus verdugos; he aquí lo que Liduvina encontraba entonces en su corazón, y por ahí podrá juzgarse la inmensidad de su tristeza.

Entre tanto, un pensamiento súbito casi al punto lo dominó todo. En frente de esa eternidad que iba á abrirse, Liduvina con su fé y su ternura sólo vió el interés que más urgía: la salvación de su sobrina. "Ah! Dios mío, exclamó, á lo menos concededme un consuelo, una gracia! Anticipadme la fiebre que debo tener en el día y á la hora que habeis señalado para Petronila, á fin de poder asistirle en su última hora, endulzarle su agonía y ayudarla á morir santamente!"

Dios escuchó su oración, y el día señalado Petronila cayó enferma, y la terrible fiebre que invariablemente se apoderaba de Liduvina, á las once, se declaró siete horas antes, en consecuencia á medio día la virgen comenzaba á recobrar sus fuerzas. Ya era tiempo. Petronila estaba muy grave: era un espectáculo conmovedor, y desde aquel lecho en que hacía tantos años moría Liduvina entre atroces dolores, hablaba á su sobrina que moría en otro lecho junto al suyo. La santa oraba por ella y con ella; la exhortaba y reanimaba su valor, sugeríale los actos más tiernos de fé y de esperanza con acento abrasado de amor. Qué solicitud tan tierna! Cómo le hablaba de las bondades de Dios, de los gozos del cielo, y las glorias de la eternidad! Todos se derretían en lágrimas al derredor de aquellos dos lechos, contemplando aquella agonía que

consolaba así otra agonía. En fin á la hora indicada, murió la joven. Liduvina había cumplido valientemente su tarea, pero este supremo esfuerzo había como extinguido sus fuerzas: cuando todo estuvo concluido, cuando la amable y amada niña se fué para recostarse en su sepulcro y no volver más; sobre todo, cuando Liduvina no la vió ya en su cabecera como todos los días, entonces su sensibilidad se manifestó, quebrantóse su corazón, las lágrimas vinieron á sus ojos, y lloró como nunca había llorado! Todos los dolores que se habían juntado en su alma se avivaban á la vez! Su hermano, su padre, y sobrina, todo lo que más amaba lo había perdido en pocos días! esto la tenía inconsolable; en vano querían darle algún alivio, pues sus desolaciones aumentaban, y á todos contristaba su aflicción.

Adoremos los juicios de Dios: su Majestad sin duda vió que este dolor era excesivo, y desde entonces no se dejó ver más; las comunicaciones celestiales se interrumpieron, y cesaron los arrobamientos, y el buen ángel no apareció más; parecía que el cielo se había cerrado. El Señor le había recogido los dulces favores, las santas consolaciones, los dones maravillosos: el exceso del dolor todo lo había disipado!

Liduvina pues, era culpable? sus aficciones y sus tristezas eran un pecado? Conozcámoslo bien: nó, su llanto no era culpable, ni por amar tan vivamente, ni por llorar con tanto dolor á sus amigos y parientes, sobre todo, á los que con tanto amor estaban á su cabecera, compadeciéndose de sus dolores como un san Juan y la augusta María estaban cerca de la cruz del divino Maestro. ¿No vemos al dulce Salvador bendecir desde la cruz el amor de su Madre y de su discípulo, con amorosa solicitud y en un testamento sublime? ¿No le hemos visto en otra parte verter sobre una

tumba, al recuerdo de Lázaro, muy abundantes y amorosas lágrimas?

Mas en las aficciones, en las tristezas, lo que desagrada á Dios, lo que ante su Majestad es siempre una imperfección, á lo menos cuando por falta de advertencia no es un pecado, es el exceso en el dolor, porque el exceso siempre nos acusa de buscarnos á nosotros mismos, y de poner nuestro gozo y nuestro fin en las criaturas, no descansando bastante en Aquel que sólo es nuestro fin y bien supremo. Y así, pecado ó imperfección, el excesivo dolor de Liduvina desagradó al Señor, y su Majestad se retiró, y quitó á la virgen á quien tanto había privilegiado, las gracias extraordinarias, las divinas consolaciones, los arrobamientos y los éxtasis, todos esos favores de un orden sobrenatural, que suponen en una alma y reclaman en ella para recibirlos, una virtud y un ánimo superior á las comunes debilidades de la naturaleza.

Por otra parte, y no lo olvidemos, hasta en sus rigores Dios escucha más su misericordia que su justicia; y se encuentra más inclinado á amarnos que á castigarnos, y así, mortificando á la virgen que quería conducirla á un grado más elevado de perfección; quería no solamente humillarla para precaverla del orgullo, y probarla para ponerla en el camino de una más brillante gloria; pero además, y sobre todo, que le imitase más y le fuese en todo más semejante. Es cierto que ya según la admirable expresión de uno de sus historiadores, la santa se había formado como un dulce nido en la cruz, y un delicioso lecho de reposo en las llagas del Amado, mas esto no era bastante. Jesús quería que fuese á su ejemplo, abandonada y despojada de todo cuanto poseía. Su Majestad no dejaba de tratarla en esto como á hija predilecta.

Entre tanto, Liduvina seguía en su aficción, sus desolaciones habían tomado un caracter más alarmante, cuando las sequedades y aridez espiritual habían venido, cuando los éxtasis habían cesado y el dulce ángel no había vuelto, estas privaciones cuya verdadera causa no sentía ó no buscaba, no hacían mas que aumentar su dolor, y aunque no se quejaba ni murmuraba, pero estaba más inconsolable; y así iban pasando los días, y las semanas y aún meses enteros.

Pero al fin Dios tuvo compasión de su esposa, y así como nos envía sus advertencias, ya sea secretamente ó al descubierto, así le envió una á la santa, tan saludable y maravillosa, que no podemos dejar de referirla en todos sus detalles, aunque esta narración nos obliga á remontar más alto.

Oh y cuántas dulces alegrías! cuántas gracias tan preciosas perdemos á cada paso, por la mucha inquietud de que nos dejamos llevar hasta en las cosas más legítimas!

CAPITULO XXI.

LA ADVERTENCIA.

Vocación extraordinaria sometida á Liduvina.—El Obispo peregrino, á través de los desiertos de la Tebaida.—Una celda sobre un árbol.—Gerardo el Solitario.—El Obispo marcha á Squidam.—Lo que fueron para la virgen estas solas palabras. «Vos estáis muy desolada!»

MUCHOS años, pues, antes de los acontecimientos de que hablamos, un joven de Colonia, llamado Gerardo,